

Otros indicadores en la construcción de lo cotidiano tienen que ver con los conceptos de hegemonía y resistencia social, asociados con manifestaciones disidentes y sus concomitantes mecanismos de control. En el ámbito de estas tensas relaciones, los grupos minoritarios, emergentes o simplemente diferenciados, aprenden su lugar en la sociedad, rechazan o adaptan los valores dominantes a sus propias condiciones y necesidades. Las diferencias siempre derivan de las relaciones de poder y del dominio cultural. Las minorías se convierten así en protagonistas-indicadores de la dinámica social, en su contexto, la vida cotidiana es también una instancia que les permite reinterpretarse a sí mismos.

Este libro debe ser visto en continuidad con una amplia trayectoria en la historiografía mexicana contemporánea que bajo la dirección de Pilar Gonzalbo ha rendido fructíferos resultados.³

Rosalva Loreto López

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

DANNA LEVIN y FEDERICO NAVARRETE (coords.), *Indios, mestizos y españoles. Interculturalidad e historiografía en la Nueva España*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Universidad Nacional Autónoma de México, «Humanidades, Serie Estudios, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades», 2007, 290 pp. ISBN 978-970-31-0856-5

Hace algunos años los etnohistoriadores David Tavárez y Kimbra Smith señalaron acertadamente que si nos limitáramos a examinar

³ *Historia de la vida cotidiana en México*, bajo la dirección de Pilar Gonzalbo Aizpuru, México, Fondo de Cultura económica, El Colegio de México, 6 vols., 2006.

algunas tendencias principales en la investigación antropológica e histórica, la tarea de combinar las perspectivas de ambas disciplinas en un mismo proyecto pudiera parecer relativamente fácil, ya que existe una pluralidad de fenómenos —políticos, económicos, sociales y culturales— que interesan a ambas tribus académicas. Sin embargo, de acuerdo con los retratos hablados que existen de ambas tribus, algunos fenómenos más relevantes y menos discutidos en torno de este encuentro son las diferencias en el proceso de sociabilización, formación profesional y adquisición de supuestos metodológicos por parte de antropólogos e historiadores. Asumiendo el papel de un antropólogo que parte a realizar trabajo de campo en la curiosa nación de los historiadores, Tavárez y Smith revelaron que aun el menor diálogo entre antropólogos sensibles a los archivos e historiadores interesados en el trabajo de campo es un encuentro de dos mundos metodológicos que requiere de diestros interlocutores. En este mismo sentido, señalaron que si bien muchos especialistas concuerdan en que la interacción metodológica entre antropólogos e historiadores es extremadamente provechosa, lo cierto es que algunos de estos encuentros no siempre han arrojado resultados cordiales. Por suerte, muchos antropólogos conciben a la historia como una *terra firma* donde pueden acallar importantes dudas epistemológicas, y menos historiadores encuentran en la antropología un campo propicio para explicar símbolos, significados y estructuras que integran los procesos históricos. Esta clásica aportación de Tavárez y Smith pone de relieve las diferencias que existen en la praxis de antropólogos e historiadores que contribuyen al desencuentro de supuestos y a la falta de consenso en torno de metodologías interdisciplinarias.¹

¹ David TAVÁREZ y Kimbra SMITH, “La etnohistoria en América: crónica de una disciplina bastarda”, en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 7 (2001), pp. 13-14.

En el caso de México, afortunadamente, este vínculo interdisciplinario ha tenido importantes interlocutores desde los primeros lustros del siglo xx, basta recordar a José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta, Nicolás León, Luis González Obregón y Eduard Seler, quienes revaloraron las historias social y cultural de los grupos indígenas y las minorías étnicas de México, y buscaron diversas estrategias — históricas o antropológicas — para examinar el pasado prehispánico y colonial. Años después, en las décadas de 1930-1940, los aportes de Alfonso Caso, Wigberto Jiménez Moreno, Ralph Roys, Paul Kirchoff y Frances Sholes abrieron la brecha para estudiar la historia colonial a la luz de manuscritos y textos en lenguas mesoamericanas. Incluso, durante estas décadas Ángel María Garibay publicó sus primeras traducciones de textos nahuas y Ralph Roys se dio a la tarea de traducir y publicar fuentes en maya yucateco, mientras que Jiménez Moreno examinó fuentes pictográficas y alfabetizadas en zapoteco, y Jacques Soustelle presentó sus traducciones de canciones y cuentos en otomí.² Es de advertir que estos esfuerzos por estudiar la historia del mundo indígena continuaron durante la década de los cincuenta y sesenta, gracias a las contribuciones de Miguel León Portilla, Arthur Anderson, Fernando Horcasitas, Alfredo López Austin, Luis Reyes García, Pedro Carrasco, Gonzalo Aguirre Beltrán, Carlos Martínez Marín y Günter Zimmermann, quienes además de realizar un número no despreciable de traducciones y notas de campo, también elaboraron innovadores y emblemáticos ensayos históricos. Durante la década de los setenta y ochenta, los principales interlocutores de dicho ejercicio interdisciplinario surgieron de la Universidad Nacional Autónoma de México y específicamente del Seminario de Cultura Náhuatl, así como del viejo CISINAH — hoy en día Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

² David TAVÁREZ y Kimbra SMITH, “La etnohistoria en América”, pp. 18-19.

(CIESAS)— y de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), tres espacios que se dieron a la tarea de recopilar, estudiar, traducir y publicar infinidad de fuentes en lenguas indígenas con un solo propósito: explicar los procesos y problemas tocantes a las sociedades mesoamericanas, tanto en la etapa prehispánica como colonial. Debo decir que los resultados generados por estas instancias fueron muy bien recibidos en los diversos círculos académicos del país e incluso generaron cierto eco en el extranjero, al grado de que algunas universidades estadounidenses — como University of California, Los Angeles (UCLA), Tulane y Vanderbilt— alentaron la formación de seminarios especializados en el estudio de fuentes coloniales en lenguas mesoamericanas.³

Así, no es de extrañar que este cúmulo de conocimientos se refleje en los trabajos que — desde hace algunas décadas— realizan antropólogos e historiadores interesados en el pasado indígena de México; trabajos que plantean el uso de crónicas, escritos en lenguas nativas y laminas de códices como el centro fundamental de la investigación y formulan — inteligentemente— una reorientación de la historia colonial hacia las perspectivas indígenas, situación que ha permitido descubrir procesos relacionados con la vida cotidiana, el parentesco, la identidad y el pensamiento indígena colonial. Es de advertir que, en términos de metodología y preparación de adherentes, dichos trabajos son más complejos, pues echan mano de la historia, la antropología, la lingüística, la filología y la historia del arte. Es precisamente en esta tradición donde se ubica el libro que hoy reseñamos, ya que se trata de una obra que busca — a cada momento— rescatar la voz y el pensamiento indígena entre cientos de escritos producidos antes y

³ David TAVÁREZ y Kimbra SMITH, “La etnohistoria en América”, p. 19 y Mathew RESTALL, “Filología y etnohistoria. Una breve historia de la ‘nueva filología’ en Norteamérica”, en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 7 (2001), pp. 85-87.

después de la conquista; también propone el análisis de un amplio cuadro de obras que registran la historia indígena colonial, y —de paso— examina los diversos problemas que enfrentan dichas obras en su representatividad, ya sea por los contextos en que surgieron o bien por sus aserciones más vehementes. De ahí que los coordinadores adviertan que este libro tiene el objeto de proponer nuevas perspectivas para acercarse a la producción histórica y documental que surgió de las voces, plumas y relatores indígenas y mestizos, o bien de autores españoles y criollos que recopilaron en sus manuscritos las tradiciones históricas indígenas (p. 13).

Como puede desprenderse del título, el hilo conductor del libro es el diálogo que existe entre la tradición histórica occidental y la tradición histórica indígena en la Nueva España. En este sentido, los ocho trabajos reunidos examinan la manera en que los indígenas aprendieron y se apropiaron de elementos culturales europeos y adaptaron sus contenidos para hacerlos llegar a un público general, y la forma en que los mestizos y españoles rescataron la tradición indígena y la utilizaron como elemento para comprender la lógica de los sistemas de escritura y la conservación de la memoria histórica nativa (p. 14). En concreto, dichos trabajos analizan estos diálogos a la luz de fuentes elaboradas por indios, mestizos y españoles, y sugieren dos perspectivas para examinarlos. La primera de ellas consiste en distinguir que la adscripción étnica de los autores y de los textos analizados no es una condición que garantice por sí su condición indígena u occidental, toda vez que las tradiciones históricas suelen mutarse y adaptarse a múltiples condiciones y contextos; de ahí que muchas obras y autores no tengan propiamente una adscripción exclusiva, sino más bien dual o intercultural ya que son resultado de la interacción de dos tradiciones diferentes. Para distinguir esta particularidad, los autores sugieren prestar atención al contexto y las circunstancias en que surgieron las obras, el público para el que estaban dirigidas, y los recursos —formales y discursivos— que involucraban. La

segunda perspectiva plantea que los diálogos interculturales se materializaron en las fuentes —indígenas y occidentales— por medio de convenciones narrativas, representaciones pictográficas y técnicas discursivas, y que su desigual presencia dependió —básicamente— del contexto histórico en que surgieron, la intencionalidad de sus autores y el tipo de recepción que buscaban en su audiencia.

Coincido con los autores en que estas perspectivas permitirán conocer y entender mejor las fuentes elaboradas por indios, mestizos y españoles, y posibilitarán reconstruir las complejas condiciones en que surgieron; asimismo, replantearán sus viejos perfiles, pues al indagar con mayor destreza sus contenidos, diálogos e influencias podrán resolverse aquellas inquietudes que permeaban su representatividad. En este mismo orden, comparto con los autores la idea de que si bien las fuentes de tradición indígena ofrecen perspectivas únicas de análisis, también es cierto que su mayor comprensión sólo se logra cuando las contrastamos o cotejamos con fuentes escritas en lenguas europeas. Sin duda, parece cada vez más recurrente que el análisis del mundo indígena debe efectuarse en correspondencia con el occidental; es decir, considerando elementos de una y otra tradición de manera integral. Al respecto, Raymond D. Fogelson ha sugerido que en aras del rigor científico todo trabajo debe privilegiar una vertiente, pero jamás debe ignorar las que lo rodean.⁴

Es de advertir que los ocho trabajos reunidos estudian el complejo diálogo que mantuvieron las fuentes de tradición indígena con las de tradición occidental, y prestan especial atención a los contextos y las condiciones en que surgieron. El trabajo de Danna Levin, “Historiografía y separatismo étnico...”, reflexiona —por un lado— sobre la “taxonomía binaria y artificial” que la historiografía contemporánea ha formulado para clasificar las

⁴ Raymond D. FOGELSON, “La etnohistoria de los eventos y de los eventos nulos”, en *Desacatos. Revista de Antropología Social*, 7 (2001), p. 47.

fuentes documentales del pasado colonial hispanoamericano, y —por otro lado— examina la compleja relación epistemológica que los conquistadores españoles establecieron con el mundo indígena, y para eso estudia el papel que desempeñaron los relatos de las ocho tribus nahuas (también conocido como la peregrinación azteca) en la construcción de la imagen y el discurso que los españoles se formaron de los territorios septentrionales de México. En este mismo orden, el trabajo de Ethelia Ruiz Medrano, “El espejo y su reflejo: títulos primordiales de los pueblos de indios...”, estudia la manera en que un propietario agrícola criollo se apropia del discurso legal y la costumbre indígena para acceder a la tierra con el objeto de proteger —a toda costa— unos terrenos de agostadero que reclamaba en propiedad. Salta a la vista que ambos textos ponen al descubierto el hecho de que el sector español no sólo retomó elementos de la tradición indígena para sacar partido de sus intereses, sino también experimentó el complejo proceso de aculturación, ya sea en sus ideas, prácticas cotidianas o actividades productivas.

Por su parte, los trabajos de Yukitaka Inoue Okubo, “Crónicas indígenas...”; Federico Navarrete, “Chimalpahin y Alva Ixtlixlóchitl...”; Berenice Alcántara Rojas, “Palabras que se tocan, se envuelven y se alejan...”; y Eduardo Natalino dos Santos, “Los ciclos calendáricos mesoamericanos en los escritos nahuas y castellanos...”, lidian, como puede observarse, con la representatividad y las formas que adquirieron los diálogos interculturales en las fuentes de tradición indígena y occidental. Con esto en mente, cuestionan —por un lado— aquellas obras que conciben a las fuentes escritas por indígenas y mestizos como documentos únicos, veraces e incuestionables, y —por otro lado— critican las obras que entienden la historia indígena como una narración mítica, ancestral y llena de simbolismo. En este contexto, sugieren acertadamente que no se trata de ver si los hechos asentados en las fuentes indígenas y mestizas son reales o míticos, sino más bien de

entender cómo sus autores redactaron la historia, cómo explicaron el paso del tiempo, con qué objeto lo hicieron y de qué elementos culturales se valieron para llevar a cabo este tipo de empresa.

A su vez, el trabajo de Gordon Brotherston, “Historia. ¿Legible en los códices?”, ofrece la posibilidad de efectuar una lectura más completa e intensiva de ciertos códices de la tradición chichimeca, mexica y mixteca, para lo cual echa mano de evidencias antropológicas y geográficas, y de nociones propias de la crítica literaria, como la forma, el género y las determinaciones culturales de los textos. Por su parte, el trabajo de Diana Magaloni, “Pintando la nueva era: el frontispicio de la Historia de la conquista de México...”, estudia la imagen inicial del libro XII de la *Historia general de las cosas...* de fray Bernardino de Sahagún y rastrea la manera en que coexistieron las convenciones narrativas y pictográficas de los indios con los elementos occidentales que incorporó el mismo fraile.

Sin negar los aportes individuales de cada trabajo, debo decir que este libro es un buen ejemplo del diálogo entre antropología e historia, y —a su vez— buena práctica metodológica para rescatar la voz y la visión indígena de todas aquellas fuentes que surgieron del encuentro entre occidente y los pueblos nativos. El libro también sirve como punto de partida para profundizar sobre uno de los rubros menos estudiados por la historiografía novohispana: la aculturación del sector español, ya sea por el acceso a los frutos y el temple de la tierra, o bien por el trato constante y múltiple con la tradición indígena. Por si esto no bastara, este libro contribuye a la revisión crítica de tres conceptos que permean el mundo académico de hoy en día: cultura, identidad e interculturalidad. Al lector corresponderá descubrir las tramas que adquirieron los diálogos entre las tradiciones indígena y occidental, las formas discursivas y narrativas que desplegaron, las relaciones que establecieron con su entorno, los alcances y límites que tuvieron entre la sociedad, y la vigencia que llegaron a tener en el tiempo. Así, los

trabajos antes referidos contribuyen a comprender mediante casos particulares un diálogo intercultural que se gestó con la conquista, se consolidó durante la etapa colonial y evolucionó durante la primera mitad del siglo XIX; un diálogo que, parafraseando a Miguel León Portilla, pone al descubierto

[...] las dos caras del espejo histórico en que se reflejó la conquista y la colonia... Como es natural [este diálogo] logrado por mesoamericanos y españoles mostrará grandes variantes. No obstante condenaciones e incomprensiones mutuas, en el fondo es intensamente humano. En cuanto tal, deberá estudiarse sin prejuicio. Porque, su examen sereno, más allá de fobias y filias, ayudará a comprender la raíz del México actual [...]⁵

Luis Alberto Arrijo Díaz Viruell

Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

CARMEN YUSTE LÓPEZ, *Emporios transpacíficos. Comerciantes mexicanos en Manila, 1710-1815*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, « Historia Novohispana, 78 », 2007, 512 pp. ISBN 978-970-32-4960-2

En la historia de la Nueva España, es innegable la importancia que tuvo la ruta del Galeón de Manila ya que dio a este virreinato la oportunidad de contar con una alternativa comercial propia y ajena a los intereses mercantiles del Atlántico. Por lo mismo, las

⁵ *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, introducción, selección y notas de Miguel León Portilla, versión de textos nahuas de Ángel María Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 4.